



FSF, 1921

Fitzgerald escribió «El pagaré» en 1920, cuando solo tenía veintitrés años. Toda la chispa y el ingenio de sus primeros escritos está aquí, en la estela de *A este lado del paraíso* y su éxito. A primera vista, el cuento es una sátira feliz de un negocio nuevo que empezaba a conocer: el mundo editorial. Ni siquiera en sus días de joven escritor, fue un autor insustancial. La historia se sitúa en el mundo de decepción y muerte que siguió a la Primera Guerra Mundial, e incluye notas de burla, absolutamente modernas, a propósito de los libros de autoayuda, espiritualidad y aventuras románticas. El escenario es el Medio Oeste y, al principio, Manhattan, es decir, dos de los lugares donde vivió Fitzgerald.

El punto crucial del cuento es el aspecto mercantil del negocio editorial, en una época en la que el propio Fitzgerald ganaba mucho dinero con lo que escribía. Resulta evidente que el cuento lo escribió para *Harper's Bazaar*, que no lo publicó. El 2 de junio de 1920, cuando los Fitzgerald acababan de mudarse a Westport (Connecticut), Scott informó a Harold Ober de que le iba a pasar un borrador terminado para que se lo mandara a Henry Blackman Sell, director de *Harper's Bazaar*: «También te dejo “El pagaré”. Se trata del tipo de historia que Sell prefería

EL PAGARÉ

I

El de arriba no es mi verdadero nombre: el individuo al que pertenece me dio permiso para firmar con él esta historia. Mi verdadero nombre no voy a divulgarlo. Soy editor. Acepto novelas interminables sobre amores juveniles escritas por viejas solteras de Dakota del Sur, cuentos policíacos sobre millonarios con clase y chicas de vida apache y «grandes ojos negros», ensayos sobre amenazas varias y el color de la luna en Tahití, obra de catedráticos de universidad y desempleados por el estilo. No acepto novelas de autores de menos de quince años. Los columnistas y los comunistas (sigo confundiendo estas dos palabras) me insultan porque dicen que solo pienso en el dinero. Es verdad: no pienso en otra cosa. Mi mujer lo necesita. Mis hijos no paran de gastárselo. Si alguien me ofreciera todo el dinero de Nueva York, no lo rechazaría. Preferiría sacar un libro que tuviera unas ventas anticipadas de quinientos mil ejemplares que haber descubierto en un solo año a Samuel Butler, Theodore Drieser y James Branch Cabell. Y si fuera editor, usted pensaría lo mismo.

Hace seis meses contraté un libro que era, sin la menor duda, un negocio seguro. Lo firmaba Harden, el parapsicólogo, el doctor Harden. Su primer libro –lo publiqué en 1913– se agarró al público como un cangrejo en Long Island, y eso que en aquel tiempo la parapsicología no estaba tan de moda como hoy. Su nuevo libro lo lanzamos como un documento de altísimo voltaje emocional. Habían matado en la guerra al sobrino del doctor

Harden y, con gusto y reticencia, el doctor escribió el relato de su comunión psíquica, a través de médiums, con su sobrino, Cosgrove Harden.

El doctor Harden no era un advenedizo en el campo del intelecto. Era un distinguido psicólogo, doctor por las universidades de Viena y Oxford y, hasta hace poco, profesor visitante en la Universidad de Ohio. Su libro no era ni irrespetuoso ni ingenuo. Su actitud se fundamentaba en una seriedad esencial. Por ejemplo, mencionaba en su libro que un joven llamado Wilkins se había acercado a su puerta para reclamarle tres dólares y ochenta centavos que le debía el difunto. Wilkins le pidió al doctor Harden que se informara sobre lo que el difunto quería que se hiciera con su deuda, a lo que el doctor se opuso con toda firmeza. Consideraba que preguntar semejante cosa era como rezar a un santo por un paraguas perdido.

La edición nos llevó noventa días. La primera página del libro se imprimió en tres tipos de letra alternativos y a cinco artistas cotizadísimos se les encargaron dos dibujos antes de elegir la portada ideal. No menos de siete correctores expertos leyeron las pruebas definitivas para que ni el más ligero temblor en el rabo de una coma ni la más mínima paja en el ojo de una mayúscula ofendieran la meticulosa mirada del Gran Público Americano.

Cuatro semanas antes del día previsto para la publicación, salieron paquetes gigantes hacia los mil puntos del mundo literario. Solo a Chicago se enviaron veintisiete mil ejemplares. A Galveston (Texas), fueron siete mil. Cien se lanzaron entre suspiros en Bisbee (Arizona), en Redwing (Minnesota) y en Atlanta (Georgia). Una vez abastecidas las ciudades más grandes, lotes de veinte, treinta y cuarenta ejemplares fueron distribuidos al azar a lo largo y ancho del continente, tal como la mano de un pintor con arena espolvorea el cuadro que ya tiene casi terminado.

La primera impresión fue de trescientos mil ejemplares.

Mientras, el departamento de publicidad se afanaba de nueve a cinco, seis días a la semana, en poner cursivas, subrayar, poner mayúsculas, añadir mayúsculas; preparar eslóganes, titulares, artículos y entrevistas; seleccionar fotografías del doctor

Harden pensando, meditando y reflexionando; elegir instantáneas del doctor con una raqueta de tenis, un palo de golf, una cuñada, un océano. Se redactaron notas a granel para las páginas literarias. Se apilaban los ejemplares gratuitos con destino a los críticos de mil periódicos y revistas.

La fecha de lanzamiento era el 15 de abril. El 14 el silencio más profundo se extendió por las oficinas, y en la planta baja los empleados del departamento de ventas observaban nerviosos el espacio vacío donde iban a descansar los montones de libros y los escaparates vacíos en los que tres expertos escaparatistas trabajarían toda la tarde disponiendo el libro en cuadrados, pilas y círculos, corazones, estrellas y paralelogramos.

El 15 de abril por la mañana, a las nueve menos cinco, la señorita Jordan, la taquígrafa jefe, se desmayó de emoción en los brazos de mi socio y ayudante. A las nueve en punto un caballero, un anciano con patillas a lo Lord Dundreary, compró el primer ejemplar de *La aristocracia del mundo del espíritu*. El gran libro estaba en la calle.

Tres semanas después decidí ir a Joliet (Ohio), a ver al doctor Harden. Se trataba de aquello de Mahoma (;o era Moisés?) y la montaña. El doctor era tímido y retraído por naturaleza; había que animarlo, felicitarlo, prevenir los posibles intentos de acercamiento de los editores rivales. Me proponía llegar a los acuerdos que fueran necesarios para asegurarme su próximo libro y con esa intención llevaba redactados con sumo cuidado varios contratos que liberarían al doctor de cualquier problema mercantil durante los próximos cinco años.

Salimos de Nueva York a las cuatro. Cuando viajo, tengo la costumbre de llevar en el equipaje unos cuantos ejemplares de mi libro estrella y, como el que no quiere la cosa, pasárselos a los pasajeros que me parecen más inteligentes, con la esperanza de que el libro atraiga la atención de nuevos lectores. Antes de llegar a Trenton una señora con impertinentes pasaba en su cabina páginas sin demasiada convicción, mi joven compañero de compartimento se dejaba absorber por la lectura, y una chica pelirroja de mirada especialmente dulce jugaba al tres en raya sobre la tapa del libro.

Por mi parte, echaba una cabezada. El paisaje de New Jersey se convirtió, sin que se notara, en el paisaje de Pennsylvania. Dejamos atrás muchas vacas y bosques y campos innumerables y, cada veinte minutos más o menos, el mismo granjero aparecía sentado en su carro junto a la estación del pueblo, mascando tabaco y mirando pensativamente las ventanillas del Pullman.

Debíamos de haber pasado al granjero diez o quince veces cuando interrumpió mi siesta la revelación de que mi joven compañero de compartimento movía el pie arriba y abajo como el tambor de una orquesta, mientras gemía y gruñía. Yo estaba tan sorprendido como complacido, pues me daba cuenta de hasta qué punto se sentía emocionado, emocionado por el libro que aferraba entre sus dedos pálidos y largos, *La aristocracia del mundo del espíritu* del doctor Harden.

—Bueno —le comenté, muy animado—, parece que le interesa.

Levantó la vista. Los ojos de aquella cara afilada solo se ven en dos tipos de hombres: los que están a favor del espiritismo y los que están en contra del espiritismo.

Como no acababa de salir de su aturdimiento, le repetí mi pregunta.

—¡Parece que me interesa! —gritó—. ¡Que me interesa! ¡Dios mío!

Lo miré con atención. Sí, parecía evidente que se trataba de un médium o de uno de esos jóvenes sarcásticos que escriben cuentos de humor sobre espiritistas para las revistas populares.

—Una obra muy... muy notable —dijo—. El... héroe, por llamarlo así, ha dedicado mucho tiempo después de muerto a dictársela a su tío.

Así debía de ser, asentí.

—Su valor —señaló con un suspiro— depende por completo de que el joven esté donde dice.

—Desde luego —me había desconcertado—. Ese joven debe estar... en el cielo... No en el purgatorio.

—Sí —admitió, pensativo—. Sería una pena que estuviera en el purgatorio, y más pena sería que estuviera en un tercer sitio.

Aquello me pareció demasiado.

—No hay nada en la vida de ese joven que permita suponer que está en... en el...

—Desde luego que no. La región a la que usted se refiere no entra en mis pensamientos. Solo he dicho que sería una pena que estuviera en el purgatorio, pero que más pena sería que estuviera en otro sitio.

—¿Dónde, señor?

—En Yonkers, por ejemplo.

Aquello me alarmó.

—¿Qué?

—La verdad es que si estuviera en el purgatorio solo sería un pequeño error por su parte, pero si estuviera en Yonkers...

—Mi querido señor —lo interrumpí con impaciencia—, ¿qué tiene que ver Yonkers con *La aristocracia del mundo del espíritu*?

—Ninguna. Solo he mencionado que si estuviera en Yonkers...

—Pero no está en Yonkers.

—No, no está. —Hizo una pausa y volvió a suspirar—. De hecho ha cruzado, y no hace mucho, el límite entre Ohio y Pennsylvania.

Esa vez pegué un salto, de puro nerviosismo. Aún no sabía adónde quería ir a parar, pero percibía que sus comentarios insinuaban algo importante.

—Quiere usted decir —le pregunté— que siente su presencia astral. El joven se irguió feroz.

—Ya basta —dijo, muy tenso—. Parece que este mes he sido el juguete de todos los crédulos, de todas las reinas del chisme y de todos los Basil King de los Estados Unidos. Resulta, señor, que me llamo Cosgrove P. Harden. No estoy muerto. Nunca he estado muerto, y después de leer este libro ni de morir volveré a estar plenamente seguro.

II

Se asustó tanto con mi grito de sorpresa y dolor la chica que, al otro lado del pasillo, jugaba al tres en raya que puso un cero en vez de una equis.

Tuve la visión inmediata de una fila inacabable de gente que se extendía de la calle Cuarenta, donde se levanta mi casa editora, al Bowery, quinientas mil personas, cada una con su ejemplar de *La aristocracia del mundo del espíritu*, todas reclamando la devolución de sus dos dólares con cincuenta centavos. Rápidamente me planteé la posibilidad de cambiar todos los nombres y pasar el libro de la colección de no ficción a la de ficción. Pero era demasiado tarde incluso para eso. Trescientos mil ejemplares estaban ya en manos del Público Americano.

En cuanto me recuperé lo suficiente el joven me contó la historia de sus experiencias desde que lo habían dado por muerto. Tres meses en una cárcel alemana, diez meses en un hospital con fiebre cerebral, un mes más antes de que pudiera recordar su propio nombre. Media hora después de su llegada a Nueva York se había encontrado con un viejo amigo que lo miró, sufrió una congestión y se cayó redondo, como muerto. Cuando revivió, fueron a tomar un cóctel a un drugstore y, una hora después, Cosgrove Harden había escuchado la más sorprendente historia a propósito de sí mismo que pudiera llegar a oídos de un ser humano.

Cogió un taxi y fue a una librería. El libro que buscaba se había agotado. Inmediatamente tomó el tren a Joliet (Ohio) y por un raro golpe de suerte el libro había caído en sus manos.

Mi primer pensamiento fue que me enfrentaba a un chantajista, pero, tras compararlo con la foto de la página 226 de *La aristocracia del mundo del espíritu*, vi que, sin la menor duda, se trataba de Cosgrove P. Harden. Estaba más delgado y más viejo que en la foto, el bigote había desaparecido, pero se trataba del mismo individuo.

Suspiré profundamente con aire de tragedia.

—Ahora que se estaba vendiendo mejor que un libro de ficción...

—¿Ficción? —respondió, irritado—. ¡Es ficción!

—En cierto sentido —admití.

—¿En cierto sentido? ¡Es ficción! Cumple todos los requisitos de la ficción: es una gran mentira muy agradable. ¿A eso le llama usted realidad?

–No –respondí, tranquilo–. Lo llamo no ficción. No ficción es una forma de literatura que se sitúa entre la ficción y la realidad.

Abrió el libro al azar y emitió un quejido patético que obligó a la chica pelirroja a interrumpir lo que quizá fuera la semifinal de su torneo de tres en raya.

–¡Mire! –se lamentó, desconsolado–. ¡Mire! «Lunes», dice aquí. Considere mi existencia un lunes en esa «lejana orilla». ¡Se lo ruego! ¡Mire! Huelo las flores. Me paso el día oliendo las flores. Lo ve, ¿no? En la página 194, al principio de la página huelo una rosa...

Me acerqué el libro a la nariz.

–No huelo nada –dije–, la tinta quizá...

–No huele –gritó–, ¡lea! Huelo una rosa y eso me da para dos párrafos de éxtasis a propósito de la instintiva nobleza del ser humano. ¡Un olor insignificante! Y luego dedico una hora más a las margaritas. ¡Dios mío! No me atreveré a volver a una reunión en la universidad.

Pasó unas cuantas páginas y se quejó otra vez.

–Aquí estoy con los niños, bailando. He pasado el día con ellos y bailamos. Ni siquiera bailamos un simple shimmy: lo nuestro es algo más estético. Yo no sé bailar. Odio a los niños. Pero en cuanto me muero me convierto en un cruce entre niñera y miembro del coro de la iglesia.

–Oiga –le reproché–, ese párrafo ha sido considerado muy hermoso. Fíjese, describe su ropa. Viste..., veamos..., una prenda vaporosa. Y ondea tras usted...

–... otra prenda interior flotante –dijo de mal humor–. Y llevo hojas en la cabeza.

Tuve que admitirlo: había hojas.

–Bueno –sugerí–, piense que podía haber sido mucho peor. El doctor podría haberlo ridiculizado de verdad si lo hubiera obligado a responder preguntas sobre la trastada que hizo usted con el reloj de su abuelo o sobre los tres dólares ochenta que dejó a deber en una partida de póquer.

Hubo una pausa.

–Un sinvergüenza muy gracioso, mi tío –dijo, meditabundo–. Creo que está un poco loco.

–En absoluto –le aseguré–. Llevo tratando con escritores toda mi vida y es con mucho el más cuerdo de todos los que he conocido. Nunca nos ha pedido un préstamo, nunca nos ha exigido que despidamos al departamento de publicidad en pleno y nunca se ha quejado de que sus amigos no encontraban ejemplares de su libro en Boston, Massachusetts.

–Pues voy a darle una paliza a su cuerpo astral.

–¿Eso es lo que va a hacer? –pregunté con angustia–. No aparecerá con su verdadero nombre para arruinar la venta del libro, ¿verdad?

–¿Cómo?

–No lo hará, estoy seguro. Piense en la decepción que causaría. Haría desgraciadas a quinientas mil personas.

–Todas mujeres –dijo con irritación–. Les encanta ser desdichadas. Piense en mi chica, la chica con la que estaba comprometido. ¿Cómo cree que le sienta la trayectoria florida que he seguido desde que la dejé? ¿Cree que aprueba mi danza con niños durante toda... toda la página 221? ¡Y desnudo!

Yo estaba desesperado. Tenía que saber lo peor de una vez.

–¿Qué... qué va a hacer?

–¿Hacer? –exclamó en un arrebató–. Voy a hacer que metan en la cárcel a mi tío, a su editor, a su agente de prensa y a toda la banda, incluido el más humilde de los aprendices que imprimieron hasta la última letra maldita.

III

Cuando llegamos a Joliet (Ohio), a las nueve de la mañana siguiente, lo había tranquilizado y empezaba a entrar en razón. Su tío era un anciano, le dije, un hombre confundido. Se había engañado a sí mismo, cabían pocas dudas al respecto. Quizá tuviera el corazón débil y la visión de su sobrino surgiendo de repente del pasado podía terminar de aniquilarlo.

En el fondo de mi conciencia, por supuesto, pensaba que podíamos llegar a algún tipo de acuerdo. Si convencía a Cosgro-